

Texto de Gustavo Vela Turcott. gustavo@vela-turcott.org
Fotografías de Alan Warild y Gustavo Vela

Krubera-Voronia: ¡La cueva más profunda del mundo!

Me dijo —ten cuidado de no atorarte con algo dentro del sifón, no te pongas nervioso, tómate tu tiempo y nos vemos al otro lado— fue así, como después de tomar una bocanada de aire muy larga, desapreció mi buen amigo Alan dentro de las aguas enturbiadas de la galería horizontal que estaba inundada. Estábamos a una profundidad de -1440 metros, dentro de la cueva más profunda del mundo: Krubera-Voronia, el techo del pasaje por donde caminábamos se había inclinado tanto que se juntaba con el agua que estaba apacible en una poza, la temperatura del agua estaba alrededor de unos 5 grados centígrados, me llegaba hasta la cintura, mis dientes no dejaban de castañetear pero no estaba seguro si era por la temperatura del agua o por el miedo que se agolpaba en mis venas. Tenía las dos lámparas de mi casco prendidas y no lograba ver mas allá de tres metros debido a tanto vapor que se había acumulado por el paso de los 2 espeleólogos calientitos que estaban ya del otro lado, y también, por que en esa parte de la cueva las paredes son especialmente más oscuras que en el resto de la cueva, a pesar de todo esto, mi buen amigo me había dicho que no me pusiera nervioso, qué difícil no estarlo, pero ¡así tenía que ser!. Puse el visor en mi rostro, saque el aire acumulado e innecesario que quedaba en mi traje seco, tome una bocanada de aire también muy larga y me sumergí en el agua helada...

Desde que existe la espeleología como deporte, ha sido un mito y un sueño encontrar cuevas que rebasen los -1000 metros de profundidad, ya que se han comparado con algunas montañas de más de 7000 metros de altura, por toda la logística que se lleva a cabo, por el trabajo técnico que se tiene que desarrollar y por la dedicación que amerita ascender la cima de una montaña o descender la sima de una cueva de esta envergadura.

En año de 1953 cuando el espeleólogo Joseph Berger y otros tres amigos encontraran la Sima Berger y que posteriormente en 1956 una expedición a esta sima alcanzara un primer sifón a -1122 de profundidad, convirtiéndola en la primera sima que rebasaba los mil metros de profundidad, a tan sólo tres años después de haberla encontrado. Hoy día esta cueva tiene -1271 metros de profundidad y es la sima número 24 más profunda del mundo.

Pero en 53 años de exploraciones a nivel mundial han pasado muchas cosas y hoy día existen más de 80 cuevas que alcanzan los -1000 metros de profundidad y ¡nueve de ellas están en México!. Pero para muchos espeleólogos, un sueño aun más complicado y más anhelado, era encontrar una cueva que rebasara ¡¡¡los -2000 metros de profundidad!!!.

Para muchos alpinistas uno de sus grandes sueños es ir a la cima de la montaña más alta del mundo; el Everest con 8848 metros de altura, o escalar la pared de roca más larga en el planeta; en el Nanga Parbat con una impresionante altura de 4100 metros aproximadamente (también en los Himalayas). Siendo así, es todo un sueño para algunos espeleólogos ir a la cueva más profunda del mundo; Krúbera-Voronia con -2158 metros de profundidad.

Fue en la década de 1960 cuando espeleólogos de Georgia (hoy una ex República Soviética), retomaron el trabajo de exploración en las partes altas de las montañas del Cáucaso Abkhazio, que 50 años atrás habían hecho los padres de la espeleología rusa; Kruber y Martel. Los exploradores georgianos se dieron cuenta del gran potencial de cuevas que había en la zona. De muchas

cavidades descubiertas, un sótano de 57 metros de profundidad, de un aspecto especialmente hermoso, les gustó mucho y le pusieron el nombre de Krubera en honor a su predecesor Alexander Kruber.

Para la década de 1980, espeleólogos de Ucrania retomaron la zona abandonada en los setenta. Entre varios y buenos descubrimientos en la zona regresaron a Krúbera y después de varios años de trabajo en 1987 esta cueva llegó a una profundidad de -340 metros. Fue entonces cuando recibió el nombre de Voronia que significa "del cuervo" en ruso, por las aves que anidaban en la entrada del pozo y para distinguirla de otra cueva que llevaba el mismo nombre, situada en la península de Crimea, en Ucrania.

Por muchos años se pensó que Krúbera-Voronia no era más profunda y solo era visitada por escuelas de espeleología de Kiev, Moscú, San Petersburgo, entre otras, y ahí, solo se realizaban prácticas verticales y entrenamientos de cuerdas para nuevas generaciones de exploradores. Pero fue hasta 1999 cuando nuevamente una expedición rusa y ucraniana revisando algunas ventanas y pasajes dentro de Krúbera-Voronia encontraron una serie de nuevos tiros. En tan solo cuatro expediciones la cueva pasó de -340 metros a la histórica profundidad de -1710, el 7 de enero de 2001, rompiendo el récord anterior.

Durante diecisiete años (entre 1981 a 1998) la Sima Jean Bernard en Francia, mantuvo el récord de la cueva más profunda del mundo con -1602 metros de profundidad, pero en febrero de 1998 la Sima Mirolida también en Francia, después de bucear un sifón alcanzó -1610 metros de profundidad, pero el gusto duró poco por que en agosto de ese mismo año espeleólogos polacos llegaban a -1632 metros de profundidad en el Sistema Lamprechtsofen-Vogelschacht-P2, en Austria.

Expediciones fueron pasando en el Cáucaso y para el 16 de agosto de 2003 llegaron por otro camino a la profundidad de -1640 metros. Casi un año más tarde, el 25 de agosto de 2004 espeleólogos alcanzaron la cota de -1840 metros de profundidad. Con tantos descubrimientos y la continuación de un pozo, los exploradores regresaron dos meses después y para el 19 de octubre de 2004 se logró el sueño acariciado por tantos espeleólogos; se había alcanzado la histórica profundidad de los -2080 metros de profundidad.

Para octubre de 2005, después de pasar cuatro sifones por un pasaje distinto, se llegó a la profundidad de -2140 metros. Un año más tarde, en septiembre de 2006, otro buceo en un quinto sifón condujo a 18 metros más abajo llegando la cueva a jji-2158 metros de profundidad!!!.

Quedé atónito cuando leí la noticia de que al otro lado del mundo en un lugar llamado Abkhazia habían rebasado después de mucho, duro y arduo trabajo la histórica cifra de los -2000 metros de profundidad. ¿Abkhazia?, me pregunté, ¿cómo sería aquel lugar?, ¿cómo se viviría por allá?, sonaba tan exótico, tan raro, tan quien sabe donde, tan quien sabe como, en mi cabeza empezó un martilleo, un incesante pensamiento de que quería conocer y explorar un poquito en aquel nuevo descubrimiento, en ese nuevo sueño recién develado, cual niño que le hurtan su paleta y que no deja de pensar en ella, se sembró la semilla de que quería ir, no sabía ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿con quién?, pero sí sabía que iba a ir.

En abril de 2005, en una expedición internacional que sucedía en El Ocotil, zona de cuevas en la Sierra Juárez en el estado de Oaxaca, conocí a un espeleólogo australiano que ya había estado en Krubera-Voronia; Alan Warild, incansable explorador que ha trabajado alrededor del mundo en incontables expediciones y proyectos espeleológicos. Platicando con él, le manifesté mi interés de ir a Krubera-Voronia, me dijo que iba a ver sus contactos en Rusia y que me avisaría. Al cabo de tres meses recibí un correo electrónico de él diciéndome que debería buscar un boleto de avión a Rusia, que tal vez habría un lugar para mí en la expedición que se avecinaba en unas cuantas semanas, y

emocionado así lo hice. Días después me escribió diciéndome que no, que no había lugar alguno para más exploradores y que había problemas con los permisos para los extranjeros, que debía esperar un año más para la siguiente expedición, pero que mi nombre quedaría en la lista de espera, me quedé con el corazón roto y me puse a trabajar.

Y así fue, para abril de 2006 nos volvimos a ver en una expedición en la misma Sierra Juárez, para seguir con la exploración del último menos mil encontrado hasta ahora en México; la cueva J2, que hasta ahora tiene -1210 metros de profundidad. Le volví a recordar mi interés en conocer y trabajar en la cueva del Cáucaso, me dijo que sí, que ya lo veríamos después. El 8 de junio recibí un correo de Alan preguntándome que si aún quería ir Krubera, le conteste que ¡claro!, pero que no tenía el dinero, pero que me guardaran un lugar, que ya me las arreglaría y que ya conseguiría los recursos para llegar hasta allá. Y como buen mexicano y para no romper las normas sociales, saqué los escasos ahorritos bajo el colchón, me puse a pedir dinero a la familia y amigos y seguí trabajando a todo vapor. Siete semanas después, el 26 de julio monté en el monstruo volador que me llevaría al inicio de titánica aventura.

Esperé a Alan algunas horas en el aeropuerto de Moscú, las cuales me dieron tiempo para pensar lo que estaba haciendo, ¡todo había pasado tan rápido!. Recordé, que cuando regresé a casa a principios de mayo ví que había sido una buena e intensa temporada de cuevas la que había hecho en los meses de marzo y abril; haber bajado y subido casi 5000 metros en las cuevas de México todo esto con el afán de explorar en las profundidades de la tierra, me dije en mayo, que era hora de ponerme a trabajar en las imágenes que había captado en esos dos meses pasados. Pero qué equivocado estaba al pensar en que se habían acabado las expediciones, todas esas cuevas solo habían sido el preludio de lo que me esperaba, solo había sido un entrenamiento para ir al Cáucaso y yo ni lo imaginaba.

Por la mañana, tomamos un avión tan fuerte y viejo como su aeropuerto, indicaciones en ruso que por su puesto no entendíamos, sería lo que nos llevaría a nuestro siguiente destino. Como la mayoría de las cosas hechas en Rusia el avión no era la excepción, tan pasado de moda casi como las azafatas, pero eso sí, un poder en los dos motores que nos elevaron por los aires de inmediato, pero la mala presurización nos hizo sentir el cambio de presión en los oídos. Me dí cuenta que en todo el avión era la única persona de tez oscura, no le dí importancia, pero los oficiales de la frontera que cruzaríamos sí se la darían. Sobrevolamos el mar negro y aterrizamos en la paradisíaca ciudad de Alder, pero solo sería un aprobadita del paraíso terrenal, por que nosotros nos dirigíamos a otro paraíso, más remoto y más bien montañoso y agreste.

Ahí en el aeropuerto nos encontró Denis Provalov, otro espelo-ruso, arregló el taxi que nos llevaría a la frontera con la Republica de Abkhazia. En años anteriores debido a la guerra civil entre abkhazios y georgianos la frontera con Rusia estaba cerrada a extranjeros, solo los rusos podían pasar y si los espeleos de otros países querían entrar era preciso tener un permiso especial y que no daba la garantía de poder pasar, bueno, el menos por la vía legal, por que de indocumentado pasan todos. Esta vez sería la primera en que los espeleos de otros países entraran legalmente un Abkhazia, sin ese permiso especial.

Pareciera que en un país recién salido del comunismo, ser tan exóticos, como se pudieran ver un australiano, un japonés y un mexicano acompañado de un ruso, si lo era. Comenzamos a cruzar la frontera y en la primera estación de policía nos detuvieron de inmediato, decían que parecíamos muy sospechosos, nos pidieron los documentos, 20 minutos de un intensivo interrogatorio (en ruso, por supuesto) sobre nosotros que Denis fue aclarando paso a paso de la razón que nos llevaba al Cáucaso. No muy convencido el comandante con los argumentos que dimos, nos llevaron a otras oficinas (de no muy lujosa apariencia) con el pretexto de que nos

tomarían las huellas dactilares y la fotografía de nuestros hermosos rostros. Se llevaron los pasaportes diciendo que todo esto era por nuestra seguridad. 30 minutos más tarde regresó diciendo que no había ningún problema con la INTERPOL, que le habíamos parecido sospechosos, sobretodo el mexicano con su barba.

Nos dejaron ir, caminamos un poco y llegamos a la aduana rusa y empezó la misma historia solo que ahora el circo sería con rayos X sobre las mochilas. Una vez más empezaron a llover las preguntas, una de las más graciosas fue que ¿donde estaban las armas?, su insistencia de hacerme a mí las preguntas en un idioma que no entendía ya me empezaban a incomodar, le contesté que no tenía ningún arma ni nada por el estilo. Denis siguió haciendo las aclaraciones en ruso. 35 minutos después y de hacer algunos chistes nos dejó ir a nuestro siguiente suplicio: migración.

Llegamos ya con la idea de que no sería rápido, y en efecto, más preguntas, pero ahora el que levantaba las sospechas era nuestro amigo el australiano, decían que nunca habían visto un pasaporte de allá. Se llevó nuestros documentos para enseñárselos a su superior. 30 minutos después regresó diciendo que ya podíamos salir de la Federación Rusa, que no había ningún problema.

Caminamos por el puente que divide los dos países, esos lugares que son como lugar de nadie. Ya desde lejos sentimos las miradas de los militares que se preguntaba ¿quiénes serán estos?, por supuesto que nos detuvieron enseguida, una vez más entregamos los pasaportes a los oficiales que se fueron junto con Denis por unas escaleras que descendían. Mientras esperábamos, los militares que estaban aún en guardia en la garita, se veía que hacían chistes de nosotros, no sabremos si les parecíamos tan exóticos, tan extraños o tan graciosos. Pero al fin de otros 30 minutos aparecieron los oficiales junto con Denis y los documentos, dijeron que ya podíamos ingresar a la Republica de Abkhazia, que no había ningún problema, —¡por fin!— dijimos, y así fue.

Ya reunidos en la localidad de Gantiadi, una parte de los integrantes de la expedición de CAVEX Team, club espeleológico de Moscú que lleva varios años explorando en el Cáucaso, nos encontrábamos platicando del día tan complicado que tuvimos, en una cena a orillas del mar negro, que ciertamente no es negro sino más bien de color verde-azul y un increíble atardecer a las casi 10 de la noche. Nos explicaron los rusos que debido a todos los problemas que ha habido en la zona desde 1992, año en que Abkhazia manifestó su independencia, ha habido muchas complicaciones entre los países, ya que ni Georgia ni la ONU reconocen a Abkhazia, sin embargo Rusia sí lo hace y esto ha generado muchas cuestiones, como haber cerrado la frontera para los extranjeros durante muchos años y que solo recientemente la ha vuelto a abrir. Y si estando en un país que aún no existe no es de extrañar que no haya consulados, embajadas, representación de la ONU, ni nada por el estilo, por esto nos enfatizaron que por ningún motivo perdiéramos el pasaporte, estando ya en Abkhazia, ahí era el peor lugar para perder los documentos, que tuviéramos ¡mucho cuidado!. También nos explicaron que había sido tan duro cruzar la frontera por mi parecido con los chechenios y aunque no era mucho el parecido al color de la piel, el uso de la barba era muy común en aquella república separatista y que la manera en la que la usaba era idéntica, de ahí que me sugirieran que antes de regresar a Rusia me afeitara. Terminaron la plática diciendo que la situación en un país donde hay guerra civil siempre es delicada, que fuéramos precavidos y que bueno, ni eso detenía una expedición ni a un explorador sediento de cuevas.

No hay noche que no se acabe y mañana que no llegue, así es que temprano alistamos parte del equipo que faltaba subir al campamento base, comida, equipo para la cueva y por supuesto más espeleólogos. Arrancó el camión 4x4 de la casa de Vatek, un armenio que brinda hospedaje a las incontables expediciones que pasan por ahí hacia el Cáucaso, nos fuimos con todos y todo rumbo al valle glaciar Orto-Balagán, en el macizo de Arábika, en la Cordillera del Cáucaso Abkhazio, nos

esperaba un largo y sinuoso camino de terracería, pero también sería espectacular ya que nos encontrábamos al nivel del mar y subiríamos hasta una altura de 2240 metros, así es que el cambio de vegetación fué muy drástico, pasar de árboles frondosos a bosque de pinos y después a nada, solo rocas y pequeñas hierbas. Claro y como es costumbre no se hicieron esperar las fallas mecánicas de un camión ruso de los años 80 que ya pedía ir a descansar un deshuesadero más que subir las escarpadas montañas, pero no dándole tregua el chofer, el mismo camión se tomó varias veces su descanso, por sobrecalentamiento del motor o por que sin más no quería arrancar. Pero bueno, esas paradas necesarias ayudaban al estiramiento de extremidades encogidas y maltrechas.

Aproximadamente seis horas tardamos en subir los 50 kilómetros que nos separan de Gantiadi, ya se habían quedado abajo los bosques tupidos de pinos para dar paso a las incipientes rocas calizas cuando llegamos a la casa de Iván y su esposa, amistosos abkhazios que suben cada verano a ver su casita de campo junto con sus cabras y que es el último lugar donde llegaba el camión. Descargamos todas las toneladas de equipo y poco a poco empezamos a subirlas a pie por la ladera hasta el campamento base, una hora después se fue develando el valle glaciar Orto-Balagán lleno de casas de campaña y espeleólogos que ya se encontraban allí desde días anteriores. ¡Por fin! después de cinco días de viaje, dos continentes, cuatro cruces de frontera, estaba donde anhelaba estar, donde quería estar, ¡casi no lo podía creer!, no sé si el destino así lo quiso o me empeñé demasiado, pero finalmente estaba en Krubera-Voronia.

Esta expedición a la que nos integrábamos había comenzado desde hacía ya 10 días, estaba integrada en su mayoría por espeleólogos rusos pero también había gente de otros 8 países para un total de 30 exploradores. Los objetivos de esta expedición eran explorar un pasaje ascendente a una profundidad de -2080 metros y bajar tanques de buceo para seguir con la exploración en otro conducto que se encuentra inundado. Cuando llegamos, espeleólogos de CAVEX habían instalado buena parte de los 3500 metros de cuerda que se necesitaban para descender.

Para facilitar el trabajo de instalación y desinstalación de la cuerda dentro de Krubera, los exploradores han ido dejando cuerda en el interior, esta cuerda cuando no se usa se deja arriba de cada pozo, lejos del paso del agua. Siempre que se regresa a la cueva, se usa la misma cuerda dejada estratégicamente en su lugar.

Debido a los objetivos y a la logística, en el campamento base ya había ¡68 mochilas! listas para bajar. Algunas de éstas iban a distintos campamentos subterráneos a una profundidad de -700, unas a -1400, otras a -1600, y unas cuantas más a -2000. Estas mochilas contenían; alimentos, implementos de cocina, bolsas de dormir, cuerda, mosquetones, anclajes, gasolina, carburo, tanques y equipo de buceo, entre muchas cosas más. Esto hizo que en los días siguientes hubiera viajes continuos y numerosos a la cueva. Los líderes de la expedición nos explicaron a los que por primera vez entraríamos en Krubera que debíamos hacer viajes de aclimatación y reconocimiento de la cueva, ya que ésta es muy vertical, con muchos pozos, uno de hasta 152 metros, varios pasos estrechos, algunos puntos de confusión donde hay dos o más caminos y sobre todo que es una cueva alpina, esto quería decir que es muy fría, alrededor de ¡tres grados centígrados!, casi como el refrigerador de casa y esto se debía a que el agua que entra en la cueva es de deshielo ya que en la superficie hay algunos pequeños glaciares.

Mientras algunos hacían incursiones a la profundidad de -1400 o -1600 o -2000 metros, algunos íbamos aclimatándonos yendo a tan solo -700 metros, eran viajes de una duración de entre 5 y 8 horas, con una mochila a la cintura, de ida y vuelta, claro está. Después de dos viajes a la cueva descansé otro par de días, y más que descanso solo fueron días tranquilos haciendo quehaceres típicos de la vida de expedición como por ejemplo; un día nos toco toda la cocina a Alan y a mí, desde preparar el desayuno, la comida y la cena hasta lavar los trastes, recolectar hielo y

ponerlo a derretir, que es la única fuente de agua en muchos kilómetros. También hicimos algunas caminatas a la casa de Iván para recoger mas víveres y equipo. En esos días me enteré que debía bajar más cosas y más profundo ya que en la expedición no se iba a hacer espeleo-turismo y que si quería una oportunidad de bajar a -2000 debía trabajar más duro.

Luego entonces, a la mañana siguiente me alisté para bajar a -1200 metros junto con Sergio García-Dils, un español que lleva varios años trabajando en la zona y que estuvo en la exploración de agosto de 2004. Iniciamos nuestro descenso bastante fluido por las cuerdas y pasajes, llegamos al campamento -700 en tres horas, ahí encontramos a dos polacos y un checo que llevaban equipo a la sima, nos tomamos un "chai" (como dirían los rusos al té) y salimos rápidamente para no perder nuestro ritmo. Dos horas más tarde llegamos a -1200, dejamos las mochilas y emprendimos el penoso ascenso. En tres horas regresamos al campamento -700, ahí Natasha y Sasha otros dos rusos nos ofrecieron un poco de chai, el cual aceptamos gustosamente ya que veníamos bastante mojados y a tres grados de temperatura cualquier bebida caliente desliza mejor por un cuerpo titiritante. Sergio, quien venía aún más mojado que yo, decidió seguir hasta la superficie. Después de comer y beber, recogimos la cocina y los tres nos alistamos para salir a la calle. Fui el primero en montarme en la cuerda, pero los rusos me fueron pisando los talones todo el tiempo, por más que quería dejarlos no podía, hasta que opte por cederles el paso y así ir a mi ritmo. Definitivamente corroboré que los espeleólogos rusos son ¡muy duros y muy rápidos en las cuevas!, ellos hicieron del campamento -700 a la superficie tan solo 4 horas, contra las cinco que hice yo.

El día siguiente descansamos de la jornada que habíamos hecho, esa mañana recibo la mala noticia de que yo no tengo lugar para el viaje a -2000, aunque había hecho todo lo posible para ganarme mi lugar, aunque trabajé con muchas ganas, ¡no había lugar!, debido a que los campamentos estaban llenos y no había lugar para una persona más, había tantas personas en la expedición que querían bajar, incluidos algunos extranjeros. La noticia fue como un gancho al hígado, seguida de una patada en el trasero, finalizada con unas palmaditas en la espalda, como diciendo, buen papel pero nos vemos el año que entra. Venir de tan lejos para no bajar, no cumplir mi meta, ¡caray, que duro, que decepcionante!. Pero al final, siempre es entendible si hay tanta gente que quiere bajar, habrá los que puedan ir a la sima, los mejores, los más técnicos, los más fuertes... los rusos. Así estaban las cosas y ni modo, solo quedaba la resignación y una muy pequeñita y remota ventana de una oportunidad de que algo pasara y si pudiera bajar.

Dos días después me enteré que Peter Hartley, un espeleólogo inglés que había ido a la cueva, se había perdido cuatro horas adentro y que había salido muy cansado, que su rodilla le dolía mucho y que la infección que traía en el estómago, ya, desde hacía varios días no le dejaba mucha energía para regresar a la cueva y que ya no volvería a bajar. Esto significó que había un lugar disponible para el último intento de ir hasta el fondo, antes de que acabara la expedición. Había un espeleólogo japonés, Jun Koike, quien había tenido también buena disposición en la cueva y que quería bajar hasta el fondo, pero por falta de experiencia no lo dejarían bajar. Teniendo un lugar libre y un espeleólogo dispuesto a todo, me dieron el lugar, ¡yeeea!, finalmente se había abierto la oportunidad y no la iba a dejar pasar.

Me contaron que en expediciones anteriores algunos espeleólogos al estar frente al sifón, a una profundidad de -1440, ya estaban listos para cruzar el paso estrecho e inundado, todo estaba preparado para la inmersión, tenían que llevar equipo más abajo, y en el último momento dijeron; —¡no!, no vamos a cruzar— dejaron las mochilas con el equipo, dieron media vuelta y se regresaron a la superficie. Esto ocasionó, que los que sí cruzaron el sifón llevarían carga extra, tendrían que transportar doble mochila por los que se regresaron. Me preguntaron que ¿si estaba seguro de qué sí lo podía cruzar?, me dijeron que si a la mera hora no me regresaría, como los otros. Les conteste firmemente que —¡no!, que no me regresaría, que ¡sí!, llegaría hasta el fondo de la cueva—, pero en

mi interior, me moría de miedo, no sabía si en verdad pudiese pasar el sifón, no sabía si los iba a dejar tirados con las cosas antes de cruzar el paso inundado. Me moría de miedo, pero no dije nada.

En la noche no podía dormir, no dejaba de pensar en que me podía pasar algo, ¿y si me atoro con algo?, ¿y si me ahogo?, ¿y si nunca vuelvo a ver a la mujer amada, esa que todavía no encuentro?, no le quería dar una pena a mi familia, ni a mis amigos, ni a la expedición. Quería seguir viviendo, aún no quería morir ¡tan joven!. Pensé —ojalá amanezca con diarrea, que cuando salga de la carpa me tropiece y me tuerza el pie, que alguien se robe mi casco, que otro se apiade de mi miedo y diga; pobrecito, que mejor no baje—. Pero amaneció y nada extraordinario pasó, así es que le puse pilas a mi lámpara, preparé mi equipo, desayuné, miré hacia el sol, me alisté, tenía la boca seca, tomé agua, pero siguió seca, volví a mirar el sol que a todos calentaba y que no vería por cinco días, pero yo seguía castañeteando, y no era de frío.

En la mañana del 9 de agosto, Alan bajo primero, después yo, y así nos fuimos, tiro tras meandro, meandro tras tiro, una cascada, un pozo, un paso estrecho, un paso complicado, uno fácil y poco a poco me fui relajando hasta sentirme como en casa y empecé a disfrutar la cueva como nunca. Finalmente, seis horas después alcanzamos a Denis y Sergio en el campamento -1400, ahí comimos, bebimos y bromeamos un poco, el ambiente estaba bastante relajado. Uno a uno fuimos escogiendo el traje seco que nos aislaría del agua fría en el paso estrecho e inundado que estaba 40 metros mas abajo. Este traje seco es de hule, se pone en todo el cuerpo, excepto la cara y las manos y aísla muy bien del agua, pero sus 3 kilos de peso sumados al traje térmico, al overol y al arnés, restan tanta movilidad al cuerpo, que el gasto de energía se incrementa muchísimo, tanto que al llegar al sifón uno esta empapado de sudor, y claro, también muerto de miedo.

Nos empezamos a organizar, quienes pasarían primero, quienes después, como pasaríamos las mochilas. Primero se fue Denis, los tres que quedamos ayudamos a pasar mochila por mochila, a cada una le fuimos poniendo unos plomos para que no flotara tanto y fuera más fácil pasarlas al otro lado, se acabaron las mochilas entonces fue el turno de Alan. Tomó una bocanada de aire muy larga y desapreció en el agua. Momentos después recibí la señal de que todo estaba bien y de que era mi turno.

Había estado temblando tanto que ya estaba cansado, entonces me relajé, puse mi mente lo más quieta posible, repetí en mi cabeza lo que tenía que hacer, los impulsos que recibía de la adrenalina me hicieron ponerme el visor en el rostro, tomé una bocanada de aire tan grande que en condiciones normales hubiera aguantado un par de minutos, pero donde me encontraba no duraría ni medio, así es que me sumergí del todo, aunque seco sentí el agua helada oprimiendo mi cuerpo, abrí los ojos y en efecto, como me habían dicho no veía más allá de 50 centímetros, debido a que los sedimentos que había ya estaban rebotados por toda el agua, me empecé a jalar por la cuerda de vida que ya estaba instalada, pude corroborar que en efecto era un espacio bastante reducido, empezaba siendo de un metro veinte de alto por un metro de ancho aproximadamente, pero conforme avanzaba el ancho se fue adelgazando hasta terminar en unos 50 centímetros, y el alto fue terminado en unos 70 centímetros, me fui en cuclillas los dos metros que están inundados, poco a poco fui viendo un resplandor y cuando salí del agua me encontré con mis dos amigos, Denis y Alan que me esperaban con una sonrisa y unas buenas palmadas en la espalda ¡¡¡lo lograste!!!— me dijeron. Enseguida avisamos a Sergio para que nos alcanzara.

Después del sifón seguía un pozo de 40 metros, me advirtieron muy bien que debería tener mucho cuidado, el choque térmico del que acabábamos de salir nos había atontado un poco, que pusiéramos mucho más cuidado en el trabajo de las cuerdas. Cuando llegamos abajo, nos quitamos el traje seco ya que no lo utilizaríamos más. Nuestro destino de ese día era el campamento -1637,

así es que le metimos velocidad, llegamos a una de las partes más bellas de la cueva, algunos pozos nada complicados con agua y hermosamente pulidos. Doce horas después de haber iniciado el descenso llegamos al campamento. Una casa de campaña de tela delgada, unos plásticos que las resguardan de las goteras y aíslan del piso frío y ocho bolsas de dormir (para cuatro personas) nos estaban esperando. Nos quitamos lo mojado para quedarnos con lo húmedo. Con los cuatro adentro de la tienda, la temperatura subió unos sorprendentes 15 grados centígrados, bueno, tomando en cuenta que afuera de ella solo hay 3 grados, podríamos decir que casi estábamos en alguna playa de México, con esta temperatura interior en un par de horas la ropa térmica húmeda quedó casi seca. Una buena olla rellena de "griesca" con sabor a nada (que es como una lenteja sin sabor), apaciguó los estómagos hambrientos de todos, un poco de chai y a cerrar la pestaña.

Esa noche me quedé pensando que ha habido mexicanos destacados en muchas disciplinas deportivas, como el alpinista Ricardo Torres Nava quien fuera el primer mexicano y latinoamericano en alcanzar la cima del Monte Everest en 1989. O el escalador Carlos Carsolio quien abriera una de las primeras rutas de escalada mixta en el Nanga Parbat en 1985. También llegaron a mi mente los primeros espeleólogos que rebasaron los -1000 metros de profundidad en una cueva, Carlos Lazcano y Guillermo Mora, quienes visitaran la Sima Berger en los Alpes Franceses en agosto de 1982.

Por la mañana tomamos un rico desayuno de arroz cocido con sabor a poco, arreglamos las mochilas que íbamos a dejar a -2000 y salimos. Tomamos la única vía conocida hacia el fondo llamada "camino al sueño", nombrada así por que después de revisar muchos pasajes, fue el único camino estrecho, lodoso, húmedo y angosto que condujo al sueño anhelado de muchos espeleólogos. Después de bajar varios pozos llegamos al campamento -2000, ahí encontramos a dos espeleólogos rusos que esperaban a sus otros dos compañeros que estaban en el fondo, realizando la escelda. Alan y yo nos dirigimos hacia allá para ver en que podíamos ayudar, y ¡cómo no! también para tomarnos las fotos del recuerdo.

Llegamos a la sala bautizada como "fin del juego", esa que el 19 de octubre de 2004 llegaron a descubrir los exploradores y pasara a la historia como el primer lugar en tener la profundidad de -2080 metros. Y para no fallar como buen final de cueva fue bien lodosa y húmeda, pero ya no tan fría; solo seis grados centígrados. Nos encontramos a los otros dos espeleólogos que terminaban de revisar los conductos ascendentes que ya habían escalado. Entonces pasamos a las fotos y después iniciamos el largo y sinuoso camino hacia la superficie. Tres días nos tardamos en salir hasta la superficie, fue el 14 de agosto cuando volvimos a ver las estrellas de nuevo.

Cuando pensé que ya todo había acabado, decidí tomar mi primer baño después de 3 semanas, claro que con dos litros de agua no se alcanzó a remover toda la mugre, sería hasta el mar negro cuando eso sucediera. Motivado por el baño silvestre y la mala experiencia del cruce de fronteras decidí quitarme la barba, pero fue como quedar desnudo ante la vida. Un viaje más a -700 para sacar equipo, selló el fin de la expedición y reafirmó la amistad con los espeleólogos de aventuras.

El día era 10 y el mes era agosto y el año era 2006 y la hora era las 22:59, cuando este espeleólogo se convirtiera en el primer mexicano y americano, (refiriéndome por supuesto al continente), en alcanzar una de las simas de Krubera-Voronia a ¡-2080 metros de profundidad!. Hasta hoy, alrededor de 34 espeleólogos han sobrepasado la cota de los -2000 metros de profundidad. Ha ido más gente al espacio y a la cima del Everest ¡que al fondo del mundo!.

Agradecimientos:

a la vida, por darme la oportunidad de ir hasta allá... ¡y dejarme regresar intacto!
a mi buen amigo Alan por buscarme un lugar en la expedición.
a todos los espeleólogos rusos, por hacerme sentir como una tortuguita en la cueva.
a el club de espeleólogos CAVEX, por abrirme la puerta a -2000.
a mi jefe Arturito, por creer en mi y prestarme para el avión.
a mi amiga Lorena, por prestarme la lana para comer en Rusia.
a todos mis carnales y amigos, ¡por aguantarme!
a la tienda Limite X, por patrocinarme en parte el disfraz de espeleo.
a Petzl México, por apoyarme en parte en el deporte.
a mi soledad, por hacer sonar la sinfonía de mi demencia.
a mi demencia, por inventarme que estoy vivo.